

1849 en su mayor y mejor parte eran conservadores y opuestos á aquella medida, especialmente en tales circunstancias. Se prescindió, pues, absolutamente de este asunto y se guardó sobre él el más completo silencio, mientras estuvo reunido el Congreso. El Presidente por su parte se mostraba tan familiar y afectuoso con los PP. como lo había sido en Popayan, en cuyo Colegio había comido con ellos el 1 de Enero de aquel mismo año: siempre que se le tocaba este asunto, ofrecía que él nunca daría semejante paso, y á los que le urgían el cumplimiento de su compromiso, les iba dando largas. Tal conducta de parte de aquel hombre vendido á los enemigos de la Iglesia y de la Compañía, iba haciendo renacer la esperanza y restableciendo la calma en los corazones de los Jesuitas y de toda la Capital; atendido, sin embargo, el modo de expresarse de los periódicos del mal partido, y á que estos no suelen respetar ni lo más sagrado para llevar á cabo sus perversos intentos, nadie se daba por seguro, y con razón se recelaba hasta de las buenas palabras del General López.

31.—Medellín.

31)—Tales recelos, sin embargo, no eran parte para entorpecer, ni aun entibiar el ardor del trabajo en todos los Colegios, así en la enseñanza como en todos los demás ministerios. El P. Visitador, ya que por su enfermedad no había podido volver á Bogotá para la época crítica de las elecciones, no tenía que apresurarse y se detuvo arreglando con tranquilidad los asuntos de Medellín. El Sr. Obispo Gómez Plata continuaba haciendo instancias porque la Compañía se encargase de su Seminario de Antioquia, por lo cual hubo de ir á aquella ciudad para poder juzgar por sí mismo del edificio y demás condiciones del contrato para dar cuenta á Roma con datos ciertos. La Iglesia de San José, aunque no del todo concluida, estaba ya en disposición de poder servir, y tuvo un estreno digno del fervor y constancia con que el pueblo de Medellín había emprendido aquella obra: tal fué la celebración del mes

de María. El P. Visitador alternando con todos los demás PP. predicaba todas las tardes á un auditorio mayor del que podía abrazar en sus tres naves el espacioso templo, con el fruto consiguiente de confesiones y comuniones, cual si fuera una prolongada misión. Grande incremento recibió la piedad de los fieles con estas solemnidades, y las que continuaron celebrándose en San José, y este fué un nuevo triunfo de la Iglesia y la Compañía producido por las persecuciones de Lince y su comparsa.

También quisieron aprovecharse de la presencia del P. Visitador los dueños del Colegio de San José para hacer la donación de él á la Compañía con todas las formas legales. El señor D. Juan Mora Berrio y sus tres socios en esta empresa tan benéfica para la provincia de Antioquia, así como tan espontánea y gustosamente habían empleado su dinero en la compra de aquella casa y solar, así también llevaban muy á mal que pudiera llegar á ser presa de los injustos espoliadores de la Iglesia y de las órdenes religiosas, los cuales en nuestros infelices tiempos se enriquecen con sacrílegas rapiñas; acordaron, pues, otorgar la escritura de donación condicionalmente, es decir, que si por cualquier evento la Compañía llegara á ser expulsada ó privada de poseer bienes raíces, la donación quedaría por el mismo hecho anulada y debería volver á manos de los donantes ó de sus legítimos herederos, los cuales á su vez debían restituirla á los Jesuitas en cualquier tiempo que fuesen restablecidos en Medellín, si la propiedad no hubiese sido enagenada (*). Esta

(*) Cuando en 1886 el General D. Marceliano Vélez entregó á la Compañía el Colegio Provincial de Medellín, el antiguo Colegio de San José, que por muchos años había logrado conservar el celo del Sr. Canónigo Jiménez ocupado en usos de beneficencia, se hallaba muy dignamente empleado en un Colegio de Niñas dirigido por las Religiosas de la Presentación. Buena parte de él había sido ya enagenado, rescatando el Sr. Jiménez los respectivos lotes para no desmembrar el edificio. De acuerdo con el Sr. Obispo

1849 prudentísima medida salvó aquel edificio y le conservó incólume en medio de las persecuciones y revueltas políticas que se sucedieron unas tras otras en la Nueva Granada durante 25 años.

Al cabo de cinco años de trabajos hallábanse los PP. de Medellín en posesión de casa é Iglesia propia, con un Colegio relativamente numeroso y bien sentado, los ministerios y tres congregaciones perfectamente organizadas, y como para completar esta fundación, á pesar de haber prometido el Presidente López no permitir que entrasen nuevos Jesuitas á la República, á principios de Junio llegaron los PP. Estéban Parrando, León Tornero, Manuel Pujadas y Nicasio Eguiluz, siendo estos dos últimos destinados á Medellín, y con cuyo auxilio quedaba este Colegio más desahogado y los ministerios más cumplidamente atendidos. En este estado dejó el P. Visitador á Medellín el 22 de Junio y emprendió su vuelta á Bogotá, trabajando no poco por el camino, según él mismo lo refería en una carta á los HH. Estudiantes de Nibeles. «...Hube, dice, de detenerme allí, (en Medellín) hasta el 22 de Junio, en cuyo tiempo he predicado más de cincuenta sermones, he dado ejercicios varias veces, he recorrido varios pueblos misionando, particularmente la ciudad de Antioquia, que es donde reside la Silla Episcopal, he oido las confesiones generales de personas que no sólo eran enemigas de la Compañía, sino también de la Iglesia, y esto en tanto número y con tan buenos resultados, que me dieron gran consolación, edificaron á todos y me convencieron cada vez más de la utilidad de los confesores extraordinarios y excursiones apostólicas. A mi vuelta he pasado por Río Negro, Abejorral, Salamina, etc. en todas partes

las Religiosas dieron á la Compañía el precio de la parte del edificio que en derecho les tocaba, según el tenor de la sobredicha escritura de donación, y se quedaron definitivamente con la propiedad total.

1849 he confesado y predicado, y si en cada uno de estos puntos hubiera podido detenerme un mes, hubiera tenido ocupación abundante que no hubiera podido concluir: los penitentes me seguían dos y tres jornadas solo por poder confesarse aunque fuera en el campo donde nos parábamos á comer ó dormir. Donde quiera que había gente, todos querían confesarse, y bastaba decir, «ahí va un Jesuita,» para pedir confesión. Qué consuelo no ha tenido mi alma en poder reconciliar con Jesucristo almas que habían pasado muchos años en el crimen, y que acaso hubieran muerto en él, si Dios no me hubiera llevado á su mismo rancho, por especial Providencia! Porque sepan que, huyendo de otros caminos por ser mal sanos, he venido por uno, por donde sólo pasan los contrabandistas». Tal era la buena disposición de todo el pueblo granadino: por cualquier parte que viajara un jesuita siempre encontraba necesidades espirituales que remediar, y conocidos ya en toda la República á lo menos por la fama de su caridad y celo, todos les buscaban para consultarles sobre sus negocios de conciencia, seguros de hallar en sus consejos la quietud apetecida. Se hallaba ya tan extendido el nombre de la Compañía, y era tan estimada y deseada en todas partes, que esta era una de las razones porque creían algunos muy dificultoso que el nuevo Gobierno se atreviese á tomar una resolución contra ella.

32)—Y, en efecto, al volver el P. Visitador á Bogotá encontró á los PP. entregados al trabajo con tanta seguridad y calma, como si nada hubiera que temer: apenas se ocupaban los periódicos en la cuestión Jesuitas: el mes de Mayo se había celebrado con una pompa aún mayor que en los años anteriores: el Presidente se mostraba tan afectuoso y deferente, que no dudó admitir la invitación, que, según costumbre, se le hizo para la función de San Ignacio, á la cual asistió con sus ministros y todo lo más notable de la capital.

32.—Bogotá.

1849 Evidentemente aquellos hombres hipócritas sólo trataban de alucinar al pueblo y á todos los buenos con tales deferencias; eran muy otras sus aspiraciones, y esto se manifestaba en que, dejando á un lado á los Jesuitas, la habían emprendido, según su programa, con el señor Arzobispo Mosquera. Es verdad que ya el Presidente anterior había roto con su hermano y había vejado tanto á la Iglesia, que muy poco dejaba que hacer á los liberales: de su gabinete particular habían pasado á las cámaras proyectos de ley como el de supresión de diezmos, venta de bienes eclesiásticos, tolerancia de cultos, etc.; mas ahora la persecución era personal, y acaso no tanto como á defensor acérrimo de los fueros de la Iglesia, cuanto como al miembro más exclarecido de la familia Mosquera. Estando aún reunidas las cámaras se había hecho circular entre sus miembros un libelo infamatorio lleno de atroces calumnias contra el virtuoso Prelado; hecho que llenó de indignación á toda la capital, y obligó al Cabildo Eclesiástico á elevar una enérgica protesta firmada por muchedumbre de personas así eclesiásticas como seculares. Más tarde se fundó un nuevo periódico cuyo principal objeto era denigrar la fama de su dignísimo pastor, y lo que era á este aún más doloroso y de mayor escándalo para los buenos, el Canónigo Saavedra, como abandonado de la mano de Dios, y puesto en las de los liberales como instrumento de sus odios y maléficis maniobras, era uno de los que más furiosamente atacaban de palabra y por la prensa al Sr. Mosquera, quien á fuer de verdadero sabio y hombre de acrisolada virtud, sufría callando: «Yo no leo nada, es cribía al P. Gil, ni me incomodo, todo lo dejo en las manos de Dios... Todo lo miro con indiferencia: las injurias de la prensa no me han causado la menor alteración, y paso los días sin ansiedad, no sin cuidados, porque estos sólo se acaban á la orilla del sepulcro».

33)—Muy distinto aspecto presentaban las cosas de la Iglesia y de la Compañía en las Provincias del Sur y especialmente en Pasto, donde el fervor siempre creciente de aquellos pueblos traía á los tres Padres agoviados de trabajo. He aquí cómo refería el Padre Pablo de Blas los ministerios en que se habían ocupado durante los meses de Junio, Julio y Agosto: «Hacia ya algún tiempo que habíamos establecido la Congregación de niños que cuenta ya con un centenar. Todos los domingos se tiene lectura espiritual, cánticos, exhortación y misa: están generalmente tan atrasados, que ha habido y hay gran trabajo en hacerles comprender las cosas de la Congregación, en que asistan con puntualidad, frecuenten los Sacramentos, etc. El día de San Luis hicieron una modesta función y yo les hice el panegírico de un estilo particular para darles á conocer al Santo, de alguna manera. No es pequeño obstáculo al progreso de la Congregación el tener que hacerla en una Iglesia prestada y destinada á otros objetos en cierto modo incompatibles con ella.

Por caer el mes de Mayo tan próximo á la cuaresma, resolví que se hiciese el mes de María en Junio, como en efecto se hizo. Para esto adornado el altar mayor de la contigua Iglesia con una magnificencia más propia de una ciudad Europea que de Pasto, y colocada en él la más hermosa imágen de la Santísima Virgen que se halla en esta ciudad, ricamente vestida y ataviada, bien provistos de letanías, y cánticos los niños del coro, se comenzó el último de Mayo para concluir el dos de Julio. Esta devoción del mes de María fué una verdadera misión tanto más fructuosa que la primera, cuanto que siendo más larga hubo tiempo para que se aprovecharan las gentes de los pueblos de esta provincia y de la de Túcares. El concurso era extraordinario: el modo que tuvimos en la práctica de esta devoción fué el mismo que se observaba en el Colegio de Madrid, salvo que atendiendo á

1849

33.—La casa de Pasto. Túcarres-Ipiales.

1849 la extrema necesidad que había de rectificar ciertas ideas de rigorismo, ideas absurdas y ridículas pero que estaban en boga y eran causa de innumerables pecados, me resolví á aprovecharme de la concurrencia para explicar, como lo hice, los mandamientos del decálogo en treinta y dos doctrinas, una cada día del Mes de María, y se ve que este pensamiento me lo sugirió el Señor, pues fué incalculable el bien que por este medio se hizo, echándole su bendición la Santísima Virgen. La comunión general fué mayor que la de los ejercicios. El entusiasmo de toda la ciudad y provincia por la Compañía subió de quilates con el Mes de María, y entónces fué cuando se realizó el proyecto ya antes concebido de comprar casa para los PP. y comprada, toda la ciudad se interesó en su refacción, ó mejor diré, su reedificación, acudiendo personalmente todas las clases de la sociedad á son de campana á la construcción y transporte de materiales. Nosotros éramos los primeros en estos oficios, y muchas veces nos acompañaban en la labor hasta las primeras autoridades, así en lo civil como en lo militar, no teniendo empacho de pasar unas veces por toda la ciudad cargando materiales, y otras de trabajar con sus palas y barras. Otros van con sus criados á los bosques á cortar madera, y otros con sus yuntas de bueyes van á traerlas: no pocas veces se han visto en medio de estas turbas de trabajadores gratuitos algunos eclesiásticos animando á los demás con su presencia y ejemplo. Una ocasión llegaron á contarse sólo en el lugar donde se fabricaban adobes más de 500 personas, y otro día se ofrecieron hasta 90 pares de bueyes para traer á la obra la madera cortada los días anteriores. Con tal cooperación está ya para techarse la casa; mas aunque la voluntad de estas gentes es inmejorable, sin embargo no podrá emprenderse la obra de la Iglesia, si el Señor no me proporciona otros recursos pecuniarios, pues los de este

género aquí son cortos. Entre tanto nos servirá de capilla pública un largo salón bajo que hay, al cual se puede dar puerta á la calle. 1849

De la ciudad de Túcares y del numeroso pueblo de Ipiales me habían pedido la misión desde la cuaresma, pero yo no había podido acceder á sus piadosas súplicas, por no dejar la abundante cosecha que aquí teníamos entre manos. A mediados de Julio resolví darles gusto, para lo cual atendiendo á que los dos PP. Orbegozo y Piquer tuviesen algún alivio, del cual habíamos carecido desde que llegamos á esta, dispuse que partieran para la misión de las sobredichas poblaciones, pero que antes de llegar se detuviesen en la hacienda de un amigo nuestro para pasar allí á lo menos una semana reposando; pero salió todo al contrario, porque en sabiendo las gentes de las haciendas y aldeas vecinas que estaban allí los PP., al punto concurren de todas partes, de manera que hubieron de convertir el reposo en una misión campestre, predicando y confesando en el Oratorio de la Hacienda, donde también hicieron su Comunión general. De allí pasaron á Túcares, capital de la provincia de este nombre, donde dieron Misión por unos veinte días con tan feliz suceso, que comenzando por las primeras autoridades hasta la más ínfima plebe se confesaron cuantos pudieron confesarse con los Misioneros y otros sacerdotes que les auxiliaron. Entre la Comunión general y otros que se confesaron después de ella, pasaron de 2.000 las comuniones, que se hubieran convertido en 10.000 si los cuatro confesores se hubieran convertido en 20. Los que no pudieron confesarse se consolaban con que vendrían á hacerlo á Pasto, como en realidad lo están haciendo muchos. Fruto de esta misión fueron 115 matrimonios que se celebraron en los días de la misión y en el mes siguiente. Toda la ciudad y provincia de Túcares quedó tan aficionada á la Compañía, que están activando una

1849 suscripción para reunir fondos, á fin de fundar casa de la Compañía en la Capital.

De Túcares pasaron los PP. á la misión de Ipiates, población de siete á ocho mil almas, en los confines de la República, y á media hora de la línea que la separa del Ecuador. La misión duró aquí unos quince días, con igual concurso y devoción de la gente, pero con más numerosa comunión que en Túcares, por haber más confesores: por la misma razón fué también mayor la comunión general de niños, pero en cambio menor el número de matrimonios, porque el Párroco no dispensó, ni disminuyó los derechos, como lo había hecho el de Túcares. A todo esto me llegaban cartas de otros pueblos, y con particular empeño de Tulcan, población muy considerable de la República del Ecuador, pidiéndome misión, pero yo, temiendo por la salud de los dos misioneros, los hice volver, y llegaron á esta en buen estado de salud, á pesar de tan continuado trabajo. Yo no digo nada de lo que tuve que hacer en casi dos meses de ausencia de los PP. habiendo quedado con la carga ordinaria de todos tres en confesiones, sermones, enfermos, consultas, obra de la casa, etc.; basta que sepa que no me acuerdo haber tenido otros dos meses de tan continuo trabajo...

Respecto al efecto que aquí profesan á la Compañía, no hay diferencia de clases, ni de partidos, porque como han visto por experiencia que nuestro partido es el de hacer bien á todos sin distinción de personas, ni opiniones, y esto cuadra bien á todo partido, todos generalmente nos estiman: y como ven que no buscamos otra cosa que promover la gloria de Dios por medio de la reforma de costumbres, y ya están experimentando los buenos resultados que son consiguietes, todos están empeñados, no sólo en que se radique aquí la Compañía, sino también en que nos encarguemos de la enseñanza, ofreciéndonos al efecto la

dirección del Colegio Provincial que están fabricando y concluirán dentro de pocos meses...» 1849

Hasta aquí la carta del P. Blas, que al mismo tiempo que nos pinta sus fatigas apostólicas y las de sus compañeros, nos hace ver el carácter religiosísimo de aquellos pueblos y las grandes necesidades espirituales que les aquejaban, necesidades que sin duda habrían desaparecido completamente, si la permanencia de la Compañía en Pasto hubiera sido más prolongada.

34)—Como se ve, en las Provincias del Sur todavía no se dejaban sentir mucho las malélicas influencias del nuevo Gobierno. En Antióquia aterrados con la epidemia amenazante del cólera que asolaba las costas del Atlántico, había penetrado hasta Santander y subido por el Magdalena hasta Nare, sólo se pensaba en aplacar la justicia de Dios por medio de rogativas y plegarias, aprovechando los PP. aquella ocasión para excitar la devoción y piedad en aquella capital. Las funestas noticias que llegaban de Cartagena y otros puntos atacados por el cólera tenían también sobrecogida la inmensa mayoría de la población de Bogotá: el número de confesiones era muy crecido, los ejercicios y prácticas piadosas se multiplicaban, y el señor Arzobispo á nombre del Clero secular y regular hizo voto á la Inmaculada Concepción de celebrar una solemne fiesta cada año en el día que la Iglesia definiera como dogma de fe este hermoso misterio, y además, de ayunar anualmente el 7 de Diciembre, víspera de esta festividad, para que librase á su Arquidiócesis de tan terrible azote, como en efecto la libró, no dejándose sentir en ella sus estragos. Entre tanto los liberales, como hombres descreídos y que no veían muy de cerca aquel castigo enviado por Dios á la República, proseguían su obra de destrucción y ruina. El Presidente López no era en realidad más que una pantalla que ocultaba los secretos manejos

34.—Conatos de expulsión. El Cólera.

1849 de la camarilla de que supieron rodearle sus partidarios, y cuyo miembro visible era el Dr. Manuel Murillo, Ministro de Estado, hombre sagaz, de ideas anti-religiosas y el más avanzado entre los de su partido. Por el mes de Agosto se habían hecho las elecciones de Diputados y Senadores para el nuevo Congreso, obteniendo mayoría, como era de esperarse, los liberales. Tratóse de explorar la opinión de los nuevos padres de la patria respecto de la expulsión de los Jesuitas, asunto que era necesario llevar á cabo, según su programa, y que parecía demorarse demasiado; sin embargo, la opinión general no se encontró favorable á los anhelos de la camarilla y hubo que sobreseer por el momento, dejando á los periódicos preparar mejor el terreno.

Sin embargo un nuevo incidente vino á exasperar la obligada paciencia de aquellos Señores. El primer día de Octubre los PP. Pedro García y Manuel Fernández acompañados de tres sacerdotes seculares partieron á dar una misión á Facatativá. Este pueblo de numerosa población y situado á la entrada de la sabana, en el camino real de Honda, pertenecía en su inmensa mayoría á los liberales. La misión produjo sus frutos ordinarios: hubo ruidosas conversiones y la población cambió de faz, hasta el grado de que los liberales la creyeron, y con razón, completamente enagenada de sus antiguas ideas. Esto era insufrible: los periódicos liberales se desfogaron de una manera extraordinaria contra los Jesuitas que tales conquistas hacían, á su modo de pensar, contra el Gobierno constituido y en favor del partido caído. La camarilla exasperada urgía al Presidente y este reunió el consejo de Ministros para tratar seriamente de la expulsión de la Compañía; mas estos no estaban de acuerdo sobre este punto. Tales manejos no pudieron verificarse con tanto secreto que no llegaran á oídos del P. Visitador, el cual juzgó conveniente presentarse

1849 con franqueza al General López y preguntarle resueltamente qué había sobre aquel negocio. Al escuchar una pregunta tan categórica no pudo ocultar el Presidente su turbación viendo que era ya del dominio público lo que con tanto sigilo se había estado tratando en la tenebrosa camarilla, y todo sobrecojido autorizó al Padre para que pudiera decir en cualquiera parte lo que en otras ocasiones le había asegurado, es á saber, «que nada se había podido probar contra la conducta de los Jesuitas de la Nueva Granada»; recomendole, sí, que no se diesen más misiones. Con esto terminó aquella entrevista cuyo resultado fué el serenarse por algún tiempo de tempestad.

35)—Azarosa era la situación de López en aquellas circunstancias: por una parte esclavo de su camarilla poseedora del documento firmado de su mano en que, como dijimos, se había comprometido, entre otras cosas, á expulsar á los Jesuitas, se veía acosado por sus exigencias y amenazas, si no cumplía lo prometido; por otra parte había empeñado su palabra de honor no sólo á los mismos Jesuitas, sino también á otras personas de alta representación, de que durante su administración aseguraba la existencia de la Compañía en la República, á no ser que alguna ley viniese á disponer lo contrario: esta ley no existía ni era posible que existiera hasta Marzo, es decir, hasta que se reuniera el próximo Congreso, y todavía entonces sería dudoso atendido que aun entre los mismos liberales no faltaban quienes opinaran de otro modo. Pareció, pues, adoptarse el partido de una disimulación oficial, mientras se proporcionaba ocasión más propicia. Llegado el fin de curso, se hicieron los acostumbrados certámenes públicos y distribución de premios con un éxito admirable. El P. León Tornero que había llegado de Europa en el mes de Junio, comenzó entonces á lucir su extraordinaria pericia en la poesía y en la música que dieron singular realce á

35.—Fin
del
curso de
1849.